



El libro reseñado profundiza en la obra del escritor y eslavista Juan Eduardo Zúñiga, conocido, entre otras cosas, por sus extraordinarios relatos *Misterios de las noches y los días*. Además de exaltar la obra y figura de J. E. Zúñiga como distinguido autor contemporáneo, Luis Beltrán, profesor de la Universidad de Zaragoza, aplica una teoría literaria propia al legado creativo de este autor para ver su originalidad y situarlo en el contexto de la literatura moderna. Me refiero a su nueva y original teoría desarrollada también en otros trabajos y que consiste en poner en relación el cambio de las estéticas literarias con la evolución del pensamiento humano desde el Paleolítico hasta el día de hoy. A la hora de estudiar los fenómenos literarios desde una perspectiva evolutiva, Luis Beltrán sostiene que las estéticas del llamado “simbolismo prehistórico”, basado en la conciencia mítica o ideología de las comunidades primitivas, a lo largo de la historia vienen a ser sustituidas por las estéticas didáctico-religiosas y humorísticas del llamado “simbolismo histórico”, que tienen en su

EL SIMBOLISMO DE JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Luis Beltrán Almería

Gerona, Ediciones Vítel·la, 2008

trasfondo la metafísica dualista. Frente a la cosmovisión del “simbolismo prehistórico”, basado en la idea de la unidad y armonía primigenia, la seriedad patética de las nuevas estéticas del “simbolismo histórico” genera un mundo idílico, que presenta una identidad familiar patriarcal vinculada a la tierra natal que se desarrolla temporalmente en el marco de un ciclo natural. Todo lo que no se adecua a la seriedad idílica se presenta como desviación de la norma existencial. A lo largo de la evolución literaria la estética más “abierto” individualista y joco-seria del “simbolismo prehistórico”, metamorfoseado hacia la actualidad en “simbolismo hermético”, pretende contrarrestar el dogmatismo del “simbolismo histórico”, y ambos métodos transcendentales se enfrentan al realismo social o crítico, desprovisto de cualquier misterio. La modernidad estética, pues, está marcada por la mixtificación, confusión de las tendencias mencionadas, las cuales en la obra de autores modernos presentan una compleja dinámica. En la obra de Zúñiga esta dinámica tal vez se refleja con más evidencia que en otras obras de su tiempo en el espacio de la literatura nacional.

En el marco del “simbolismo histórico” con su polarización del bien y del mal, pero sin alusión a ninguna metafísica religiosa tradicional en concreto, Zúñiga pretende transmitir al lector la idea acerca de un orden desea-

do y natural de la vida distinto del mundo quimérico del idilio patriarcal. Es el sueño de que “la tierra sea un paraíso”, inspirado en la Grecia clásica y Rusia literaria, espacios simbólicos que constituyen una utopía idílica frente al utilitarismo, el “mal del siglo” XX. No obstante, al igual que en la literatura rusa de Turgueniev o Dostoievski, en la obra de Zúñiga se da el fenómeno de la destrucción del idilio humanista, lo cual genera los elementos grotescos que reflejan el abismo entre los altos ideales y “la más baja y hedionda degradación”. Esto ya es propiedad del “simbolismo hermético”, el cual en la obra de Zúñiga se manifiesta en la representación de la realidad como crisis de valores, antiidilio donde al paisaje desolado le corresponde un alma desolado. Es el caso de Larra, personaje de la novela de Zúñiga titulada *Las flores de plomo* al que tendencias destructivas de su época se presentan como una fatalidad. De ahí que el humorismo y el grotesco predominan en la obra del escritor madrileño sobre la seriedad patética sin eliminarla sin embargo, por completo. La superación de la crisis en Zúñiga se debe a la influencia de la magia de la metamorfosis como principio activo de la identidad de sus personajes, propia asimismo de las estéticas herméticas. Son figuras que aspiran a manifestar su auténtica naturaleza o alguien más libre y superior y en las que hace su pervivencia el trickster, un burlador, hombre a caballo entre lo serio y lo cómico, propio de los relatos mitológicos. Semejantes personajes al igual que en las novelas de mencio-

nados autores rusos, en Zúñiga son jóvenes y entusiastas por contraste con la imagen del “hombre inútil”. En el caso de Zúñiga, según Luis Beltrán, estamos, pues, ante las estéticas que no solo denuncian los valores éticos y estéticos anteriores del simbolismo histórico, sino que buscan nuevos valores, por ejemplo, una unidad esencial frente a la antinomia idilio-antiidilio. Tras sus maestros rusos, Zúñiga, según Luis Beltrán, supera los límites del realismo de urgencia, de momento con su orientación hacia el presente, a favor de la lógica de las poéticas que van más allá de la imaginación personal unida a la experiencia, a lo empírico. Al igual que en la obra de los clásicos de literatura rusa, Zúñiga reanima la visión de la realidad transitada por las potencias ocultas, misteriosas, desconocidas a través del lenguaje, cronotopo y personajes mítico-herméticos, con lo cual no solo es destructiva y falaz, sino que tiene una orientación nueva debido a su espíritu regenerador. De ahí una dimensión educativa, didáctica de su obra: iluminar el bosque sombrío de las almas ajenas, salvarlo, regenerar, dando importancia a la infancia y a la educación.

El libro de Luis Beltrán por su novedoso enfoque al estudio de la narrativa contemporánea indudablemente presenta un gran avance en los estudios teórico-literarios.

NATALIA ARSÉNTIEVA
Universidad de Granada